

á Marat, porque escribía diariamente que hacía falta un dictador para purgar á la sociedad de los miembros impuros que la corrompían; á Robespierre, porque había dogmatizado á la municipalidad y hablado con insolencia á la Asamblea, y además, porque la víspera del 10 de agosto Panís lo había propuesto para dictador á Barbaroux; y á Dantón, porque ejercía en el ministerio, en el pueblo y en todas partes donde se presentaba la influencia de un omnipotente. Les llamaban los triunviros, y sin embargo, había muy poca unión entre ellos: Marat no era más que un sistemático insensato; Robespierre, un envidioso, sin suficiente grandeza de ánimo para ser un ambicioso; y Dantón, un hombre activo, apasionado por el objeto que se proponía la revolución, y que en todo ponía mano más bien por ardor que por ambición personal. Pero entre estos hombres no había aún ni un usurpador ni conjurados de acuerdo entre sí, siendo por lo tanto imprudente dar á unos adversarios más fuertes que los que los motejaban la ventaja de ser acusados injustamente.

Sin embargo, los girondinos se encarnizaban menos con Dantón, con quien no tenían ninguna cuestión personal, y también con Marat, á quien despreciaban demasiado para atacarle directamente, que con Robespierre: contra éste se desencadenaban implacablemente, porque el éxito de lo que se llamaba su virtud y su elocuencia les irritaba mucho más, inspirándoles ese resentimiento que experimenta la verdadera superioridad contra la medianía soberbia y encomiada con exceso.

A pesar de todo, trataron de entenderse antes de la apertura de la Convención Nacional, y celebraron varias reuniones en las cuales intentaron explicarse francamente y terminar funestas rencillas. Dantón se prestó á ello de buena fe (1), porque desechaba toda idea orgullosa, y ante todo anhelaba el éxito satisfactorio de la revolución. Petión demostró mucha frialdad y buen

(1) Véase Durand-Maillanne, Dumouriez, Meilhán y todos los contemporáneos.

juicio; pero Robespierre no pudo disimular la acritud de un hombre resentido. Presentáronse los girondinos altivos y severos, como hombres inocentes é indignados que creen tener en sus manos la venganza asegurada.

Barbaroux dijo que no había alianza posible *entre el crimen y la virtud*, y se retiraron unos y otros más distantes de una reconciliación que antes de haberse visto. Todos los jacobinos se agruparon alrededor de Robespierre; los girondinos y los hombres sabios y moderados junto á Petión.

El parecer de éste y de los individuos más sensatos era que se debía abandonar la acusación, puesto que no parecía posible apoderarse de los autores de los asesinatos de septiembre y del robo del guardamuebles, no hablando más de los triunviros, toda vez que su ambición no se había probado suficientemente ni se había manifestado lo bastante para ser castigada. Añadieron que se debía despreciar una veintena de hombres de mala fe que se habían introducido en la Asamblea por las elecciones de París, y apresurarse á llenar el objeto de la Convención, hacer una Constitución y decidir la suerte de Luis XVI.

Tal fué el parecer de los hombres que reflexionaban fríamente; pero otros, menos serenos, concibieron según costumbre proyectos que, no pudiendo realizarse aún, ofrecían el peligro de advertir é irritar á sus adversarios. Propusieron suprimir la municipalidad, trasladar la Convención si era necesario fuera de París, constituir la tribunal de justicia para juzgar sin apelación á los conspiradores, y organizar en fin para su custodia una guardia particular, formada con individuos de los ochenta y tres departamentos. Estos proyectos no tuvieron ninguna consecuencia ni sirvieron más que para irritar las pasiones. Los girondinos se apoyaban en la conciencia pública que, según ellos, iba á sublevarse al escuchar los acentos de la elocuencia y el relato de los crímenes que debían denunciar. Para este fin se citaron en la tribuna de la Convención, desde la cual pensaban aniquilar á sus adversarios.

LA CONVENCION NACIONAL

CAPÍTULO PRIMERO

Apertura de la Convención Nacional en 20 de septiembre de 1792. - Abolición de la monarquía y establecimiento de la república. - Primera lucha de los girondinos con los montañeses. - Denuncia de Robespierre y de Marat. - Declaración de la unidad y de la indivisibilidad de la república. - Distribución y fuerzas de los partidos en la Convención. - Cambios en el poder ejecutivo. - Dantón deja el ministerio. - Creación de diversos comités administrativos y del de la Constitución.

El 20 de septiembre de 1792 se reunieron en las Tullerías los diputados de la Convención para formar la nueva Asamblea. Siendo su número el necesario, constituyéronse provisionalmente, revisaron sus poderes y procedieron acto continuo á nombrar la mesa. Petión fué proclamado presidente casi por unanimidad, eligiéndose como secretarios á Brissot, Condorcet, Labaud Saint-Etienne, Lasource, Vergniaud y Camús: esta elección prueba cuál era entonces en la Asamblea la influencia del partido girondino.

La Asamblea Legislativa, que desde el 10 de agosto había estado en sesión permanente, recibió el 21 de septiembre á una diputación que se presentó para poner en su conocimiento que la Convención Nacional quedaba constituida y que había terminado la legislatura. Las dos Asambleas no tenían que hacer más que confundirse, y la Convención fué á ocupar la sala de la Legislativa.

Manuel, síndico del Ayuntamiento, suspendido después del 20 de junio con Petión, había llegado á ser muy popular, por este hecho mismo; alistóse desde entonces con los furiosos del Ayuntamiento, pero alejándose después de ellos, se inclinó más á favor de los girondinos á consecuencia de los asesinatos de la Abadía. El mismo día 21 Manuel presentó una proposición que produjo grandes rumores entre los enemigos de la Gironda; decía así:

«Ciudadanos representantes: es preciso que todo respire aquí un carácter de dignidad y de grandeza que imponga al universo. Pido que el *presidente de Francia* habite en el palacio nacional de las Tullerías; que le preceda la fuerza pública y las insignias de la ley, y que los ciudadanos se levanten á su presencia.» Al oír tales palabras, el jacobino Chabot y el secretario del Ayuntamiento, Tallián, se pronuncian vivamente contra este ceremonial, imitado de la monarquía; el primero dice que los representantes del pueblo deben semejarse á los ciudadanos de quienes proceden, á los descamisados, que constituyen la mayoría de la nación. Tallián añade que se irá á buscar al presidente de la Convención á un quinto piso, y que allí es donde residen el genio y la virtud. La proposición de Manuel es por lo tanto re-

chazada, y los enemigos de la Gironda pretenden que se han querido conferir á Petión los honores de la soberanía.

A esta proposición se suceden seguidamente otras muchas: todos quieren consignar por declaraciones auténticas los sentimientos que animan á la Asamblea y á Francia. Piden que la nueva Constitución tenga por base la igualdad absoluta; que se decrete la soberanía del pueblo; que se jure odiar la monarquía, la dictadura, el triunvirato ó cualquiera otra autoridad individual, y que se imponga la pena de muerte á quien propusiera algo semejante. Dantón pone término á todas las proposiciones, haciendo decretar que la nueva Constitución no será valedera hasta después que la haya sancionado el pueblo. Añádese que las leyes existentes continuarán en vigor por el pronto; que las autoridades que no hayan cesado se respetarán provisionalmente, y que se percibirán los impuestos como antes, hasta que rijan los nuevos sistemas de contribución.

Después de estas proposiciones y decretos, Manuel, Collot-d'Herbois y Gregoire provocan la cuestión de la monarquía, pidiendo que se pronuncie su abolición en el acto. «El pueblo, dicen, acaba de ser declarado soberano; pero no lo será realmente hasta que le libréis de una autoridad rival, que es la de los reyes.» La Asamblea y las tribunas se levantan para expresar su reprobación unánime contra la monarquía; pero Bazire quisiera una discusión solemne sobre cuestión tan importante. «¿Qué necesidad hay de discutir, replica Gregoire, cuando todo el mundo está de acuerdo? Las cortes son el taller del crimen, el foco de la corrupción; la historia de los reyes es el martirologio de las naciones: estando todos nosotros igualmente penetrados de estas verdades, ¿qué necesidad hay de discutir?»

Se da, en efecto, por terminado el debate; reina un profundo silencio y, por declaración unánime de la Asamblea, el presidente declara que la monarquía queda abolida en Francia. El decreto es acogido con unánimes aplausos, y dispónese su inmediata publicación, comunicándose á los ejércitos y á todas las municipalidades.

Cuando se proclamó esta institución de la república, los prusianos amenazaban aún el territorio. Dumouriez se había dirigido á Sainte-Menehould, y aún no se tenía noticia en París del cañoneo del 21, tan feliz para nuestros ejércitos. Al día siguiente, 22, Billaud-Varennes propuso que no se fecharan los documentos poniendo año IV de la libertad, sino año I de la república: la proposición fué adoptada. Ya no se consideró que con el año 1789 había comenzado la libertad: la nueva era republicana se inauguraba aquel mismo día, 22 de septiembre de 1792.

Por la tarde se supo el cañoneo de Valmy, noticia que difundió la alegría. Tomando en consideración la demanda de los ciudadanos de Orleans, que se quejaban de sus magistrados, decretóse la reelección de todos los individuos de los cuerpos administrativos y de los tribunales, debiendo considerarse como nulas las condiciones de elegibilidad fijadas por la Constitución del 91. No era ya preciso buscar los jueces entre los legistas, ni los administradores en cierta clase de propietarios. La Asamblea Legislativa había abolido ya el marco de plata, reconociendo en todos los ciudadanos mayores de edad la capacidad electoral: la Convención hizo desaparecer las últimas demarcaciones, llamando á todos los ciudadanos para ocupar los empleos más diversos. Así comenzó el sistema de la igualdad absoluta.

El 23 se oyó á todos los ministros, y el diputado Cambón presentó un informe sobre el estado de la hacienda. Las precedentes Asambleas decretaron la fabricación de dos mil setecientos millones de asignados; de éstos figuraban en la cuenta de gastos dos mil quinientos millones, de los cuales quedaban doscientos, faltando aún fabricar ciento setenta y seis, y contándose veinticuatro de éstos en caja. Los departamentos retenían los impuestos para hacer las compras de grano ordenadas por la última Asamblea; y era preciso buscar nuevos recursos extraordinarios. Como la masa de los bienes nacionales se aumentaba todos los días por la emigración, no se temió emitir el papel que la representaba, ni se vaciló en hacerlo, ordenándose desde luego una nueva creación de asignados.

Escuchóse á Roland cuando leyó su informe sobre la situación de Francia y la capital: tan severo como en el 3 de septiembre, y más atrevido aún, expuso con energía los desórdenes de París, las causas y los medios de impedirlos, y recomendó la pronta institución de un gobierno fuerte y vigoroso, como única garantía de orden en los estados libres. Su informe fué oído con agrado, mereciendo nutridos aplausos, y no excitó ninguna explosión en aquellos que se consideraban como acusados desde que se trataba de los trastornos de París.

Mas apenas se hubo echado esta ojeada sobre la situación de Francia, recibese la noticia de que el desorden se propaga en ciertos departamentos. Roland escribe una carta á la Convención para denunciar nuevos excesos y pedir que los reprima; y después de la lectura de esta carta, los diputados Kersaint y Buzot se lanzan á la tribuna para denunciar las violencias de todo género que comienzan á cometerse por todas partes.

«Los asesinatos, dicen, son imitados en los departa-

mentos: no se debe acusar á la anarquía, sino á los tiranos de una nueva especie, que dominan á Francia apenas se declara libre. De París es de donde parten todos los días esas funestas inspiraciones del crimen; en todas las paredes de la capital se ven pasquines en los cuales se excita al asesinato, al incendio y al pillaje, y también listas de proscripción que designan diariamente nuevas víctimas. ¿Cómo preservar al pueblo de una espantosa miseria, si tantos ciudadanos deben condenarse á ocultar su existencia? ¿Cómo ha de esperar Francia una Constitución, si la Convención que debe decretarla tiene que deliberar amagada por el puñal de los asesinos? Por el honor mismo de la revolución se deben contener tantos excesos, distinguiendo entre el valor cívico que osó hacer frente al despotismo en 10 de agosto y la crueldad que sirvió el 2 y 3 de septiembre para servir á una tiranía muda y oculta.»

En su consecuencia, los oradores piden el establecimiento de un comité encargado:

- 1.º De dar cuenta del estado de la república y de París en particular.
- 2.º De presentar un proyecto de ley contra los que excitan á la matanza y al asesinato.
- 3.º De facilitar los medios de poner al servicio de la Convención Nacional una fuerza pública organizada con individuos de los ochenta y tres departamentos.

Al oír esta proposición, todos los diputados de la izquierda, entre los cuales figuraban los hombres más violentos de la nueva Asamblea, lanzan gritos tumultuosos: exagéranse, según ellos, los males de Francia; las quejas hipócritas que se acaban de oír parten del fondo de los calabozos, donde han sido justamente encerradas las personas sospechosas que desde hace tres años llamaban la guerra civil á su patria. Los males que se lamentan eran inevitables; el pueblo se halla en estado de revolución, y debía adoptar medidas enérgicas para salvarse. Esos momentos críticos han pasado ya hoy, y las declaraciones que acaba de hacer la Convención bastarán para reprimir los disturbios. Por otra parte, ¿para qué se quiere un tribunal extraordinario? Las antiguas leyes existen y bastan para castigar las excitaciones al asesinato. ¿Se trataría de establecer una nueva ley marcial?..

Por una contradicción muy común en los partidos, los que habían pedido el tribunal extraordinario del 17 de agosto, los que iban á pedir el revolucionario, pronunciábanse contra una ley que, según decían, era sangrienta. «¡Una ley sangrienta!, replica Kersaint. Lo que yo quiero, por el contrario, es impedir la efusión de sangre.» Pídese que se aplace la discusión, y entonces grita Vergniaud: «¡Aplazar la represión de los asesinatos es lo mismo que ordenarlos! Los enemigos de Francia están en armas en nuestro territorio, y se quiere que los ciudadanos franceses, en vez de combatir, se maten entre sí como los soldados de Cadmo!..»

Por último, se adopta del todo la proposición de Kersaint y Buzot, decretándose que se prepararán leyes para el castigo de los excitadores al asesinato, y para la organización de una guardia departamental.

Esta sesión del 24 de septiembre había causado una impresión profunda en los ánimos; mas como no se pronunció nombre alguno, las acusaciones quedaban

generalizadas. Al día siguiente se renueva la discusión con los resentimientos de la vispera, y mientras unos murmuran contra los decretos aprobados, los otros se arrepienten de no haber dicho lo suficiente contra la facción que llaman *desorganizadora*.

Convención Nacional una facción que quiera establecer un triunvirato ó una dictadura. Es preciso, ó que cesen los recelos, ó que Lasource señale los culpables, y juro coserlos á puñaladas ante la Asamblea.» Lasource, instado tan vivamente á explicarse, repite su conversación



Buzot

En tanto que se combaten los decretos y se defienden, Merlin, en otro tiempo ujier y oficial del municipio en Thionville y después diputado en la Legislativa, donde se distinguió entre los patriotas más pronunciados, Merlin, famoso por su ardimiento y su bravura, pide la palabra. «La orden del día, dice, es aclarar si, como me lo aseguró Lasource ayer, existe en el seno de la

con Merlin, designando de nuevo, sin nombrarlos, á los ambiciosos que quieren elevarse sobre las ruinas de la monarquía caída. «Aquellos que han excitado á la muerte y al pillaje, dice, son los que han expedido órdenes de prisión contra individuos de la Legislativa, los que imputan al pueblo los excesos que ellos mismos ordenan. Cuando sea tiempo arrancaré el velo que comien-

zo á levantar, aunque deba perecer bajo sus golpes.» Sin embargo, aún no habían nombrado á los triunviros. Osselin sube á la tribuna, y designa á la diputación de París, de la cual es miembro; dice que hay empeño en suscitar desconfianzas contra ella; que no es tan ignorante ni tan malvada que pueda haber concebido proyectos de triunvirato y de dictadura; que jura lo contrario, y pide el anatema y la muerte para el primero á quien se sorprenda meditando semejantes proyectos. «Que me sigan todos, uno á uno, á la tribuna, añade, y declaren lo mismo.—Sí, exclama Robespierre, el animoso amigo de Barbaroux; sí, ese partido acusado de proyectos tiránicos existe, y no tengo inconveniente en designarlo; es el partido de Robespierre. Marsella lo conoce, y nos envía aquí para combatirlo.»

Este apóstrofe atrevido produce un gran rumor en la Asamblea, fijándose todas las miradas en Robespierre. Dantón se apresura á tomar la palabra para calmar estas divisiones, y echar tierra sobre unas acusaciones que en parte iban dirigidas contra él mismo. «¡Qué día tan hermoso para la república, exclama, será aquel en que una explicación franca y fraternal calme todas estas desconfianzas! Se habla de dictadores, de triunviros; pero esta acusación es vaga, y debe firmarse.—Yo la firmaré, dice de nuevo Robespierre, lanzándose á la mesa de la presidencia.—Sea, replica Dantón; si hay culpables, que se les inmole, aun cuando fuesen mis mejores amigos. Por lo que á mí toca, hartamente conocida es mi vida. En las sociedades patrióticas, en el 10 de agosto, en el consejo ejecutivo he servido siempre á la causa de la libertad, sin ninguna mira personal y con toda la energía de mi temperamento; por consiguiente, no temo las acusaciones por mí mismo; pero quiero librar de ellas á todo el mundo. Convengo en que hay en la diputación de París un hombre á quien podría llamarse el *reyzuelo* de los republicanos; ese hombre es Marat. Muchas veces me han acusado de ser el instigador de sus libelos; pero invoco el testimonio del presidente, y le ruego que declare si no me ha visto á menudo cuestionar con Marat en el Ayuntamiento y en los comités. Por lo demás, ese escritor tan acusado ha pasado una gran parte de su vida en los subterráneos y en los calabozos. Los padecimientos han agriado su carácter, y es preciso disculpar sus arrebatos. Pero absteneos ya de discusiones puramente individuales, y dedicadlas á servir á la causa pública. Imponed la pena de muerte á cuantos propongan la dictadura ó el triunvirato.»

Esta proposición fué acogida con grandes aplausos. «Pero no es esto todo, prosigue Dantón: el público tiene otro recelo que es forzoso disipar. Supónese que una parte de los diputados aspira al régimen federativo y á la división de Francia en una multitud de secciones. Lo que nos importa es formar un todo. Declarad, pues, por otro decreto la unidad de Francia y de su gobierno, y una vez planteadas estas bases, desechemos nuestras desconfianzas, y marchemos unidos á nuestro objeto.»

Buzot responde á Dantón que la dictadura no se pide, sino que se toma, y que es ilusorio promulgar leyes contra semejante petición; que en cuanto al sistema federativo, nadie ha pensado en él; que la proposición de una guardia departamental es un medio de unidad, y que, por lo demás, podía ser conveniente hacer una ley

sobre este asunto, pero reflexionándose con madurez, y, en su consecuencia, era menester que pasaran las proposiciones de Dantón á la comisión de los seis, decretada la víspera.

Robespierre, acusado personalmente, pide á su vez la palabra, y empieza diciendo que no va á defenderse á sí mismo, sino á la causa pública, atacada en su persona. Dirigiéndose á Rebecqui, le dice: «Ciudadano que no habéis tenido reparo en acusarme, os doy las gracias: en vuestro valor reconozco la célebre ciudad que os ha elegido. La patria, vos y yo ganaremos en esta acusación.»

«Se designa, continúa, un partido que medita una nueva tiranía, suponiendo que yo soy su jefe. La acusación es vaga; pero merced á cuanto he hecho por la libertad, me será fácil responder á ella. Yo soy el que por espacio de tres años combatí en la Constituyente todas las facciones, cualquiera que fuese su nombre; yo, el que luchó contra la corte, el que desdénó sus presentes, el que...—No es esa la cuestión, exclaman muchos diputados.—Es preciso que se justifique, responde Tallián.—Puesto que me acusáis de ser traidor á la patria, replica Robespierre, ¿no me asiste el derecho de oponer á esa acusación mi vida entera?»

En seguida vuelve á empezar la enumeración de sus dobles servicios contra la aristocracia y los falsos patriotas que se ocultaban con la máscara de la libertad; y al decir estas palabras, se dirige á la derecha de la Convención. El mismo Osselin, cansado de aquella enumeración, interrumpe á Robespierre, y le ruega que se explique franca y categóricamente. «No se trata de lo que has hecho, dice Leconte-Puyravaux, sino de lo que te acusan de querer hacer.»

Robespierre se apoya entonces en la libertad de las opiniones, en el derecho sagrado de la defensa, en la causa pública, tan comprometida como él mismo en aquella acusación. Recomiéndanle de nuevo que sea más breve, pero él continúa con la misma difusión. Recordando los famosos decretos que hizo expedir contra la reelección de los constituyentes y contra el nombramiento de diputados para empleos dados por el gobierno, pregunta si estas son pruebas de ambición: acriminando en seguida á sus adversarios, repite la acusación de federalismo, y termina pidiendo la adopción de los decretos propuestos por Dantón y un examen serio de la acusación intentada contra él.

Barbaroux, impaciente ya, se lanza á la barra, y exclama: «Barbaroux de Marsella se presenta para firmar la denuncia hecha por Rebecqui contra Robespierre.» En seguida cuenta una historia insignificante y á menudo repetida: la de que antes del 10 de agosto París le llevó á casa de Robespierre, y que al salir de ella le dijo que Robespierre era el único hombre, el único dictador capaz de salvar la causa pública, á lo cual respondió Barbaroux que los marseleses no bajarían jamás la cabeza ante un rey ni ante un dictador.

Ya hemos referido estos hechos, y se ha podido juzgar si las vagas é insignificantes conversaciones de los amigos de Robespierre podían servir de base á una acusación. Barbaroux recuerda una por una las imputaciones dirigidas contra los girondinos; pide que se proscriba el federalismo por un decreto y que todos los miembros de la Convención Nacional juren dejarse

bloquear en la capital y morir en ella antes que abandonarla. Después de muchos aplausos, Barbaroux prosigue diciendo que, en cuanto á los proyectos de dictadura, no es posible negarlos; que las usurpaciones de la municipalidad, los mandatos imperativos lanzados contra los miembros de la representación nacional, los comisionados enviados á los departamentos, todo, en fin, prueba un proyecto de dominación; pero que la ciudad de Marsella vela por la seguridad de sus diputados; que dispuesta siempre á anticiparse á los buenos decretos, envió el batallón de federados á pesar del *veto* real, y que entonces enviaba de nuevo ochocientos ciudadanos á quienes sus padres habían dado un par de pistolas, un sable, un fusil y un asignado de quinientas libras; que con ellos iban también doscientos jinetes bien equipados, y que esta fuerza serviría para dar principio á la guardia departamental propuesta para la seguridad de la Convención.

«Por lo que hace á Robespierre, añade Barbaroux, siento en el alma haberle acusado, porque le quería, le estimaba en otro tiempo. Sí, le queríamos, le estimábamos todos, y sin embargo le hemos acusado. Pero con tal que conozca sus faltas, le perdonaremos. Que cese de quejarse, porque si él ha salvado la libertad con sus actos, nosotros la hemos defendido con nuestras personas. Ciudadanos: cuando llegue el día del peligro, entonces nos juzgarán; entonces veremos si los libelistas saben morir con nosotros.»

Al terminar Barbaroux, resonaron prolongados aplausos. Marat pidió la palabra al oírse calificar de libelista; pero Cambón la pide después que él y obtiene la preferencia, pasando á denunciar libelos donde se propone la dictadura como indispensable y que van firmados por Marat. Al oír semejante afirmación todos se apartan de éste, que responde con una sonrisa al desprecio que le demuestran. A Cambón sucedieron otros acusadores de Marat y de la municipalidad. Marat hace continuos esfuerzos para obtener la palabra; pero París la obtiene también antes que él para responder á las aseveraciones de Barbaroux. París niega torpemente hechos verdaderos, pero que no probaban nada, y que más valía confesar apoyándose en su escaso valor. Interrúmpele Brissot, quien le pide cuenta de la orden de prisión dada contra él. París la atribuye á las circunstancias, que, dice, se han olvidado fácilmente, al terror y al desorden que reinaban entonces en los ánimos, á la multitud de denuncias contra los conspiradores del 10 de agosto, á la insistencia de los rumores circulados contra Brissot, y á la necesidad de aclararlos.

Después de estas largas explicaciones, á cada momento interrumpidas y reanudadas, Marat, insistiendo siempre en tomar la palabra, obtiéndola por fin, cuando no fué ya posible negársela. Era la primera vez que se presentaba en la tribuna; su aspecto produjo un movimiento de indignación, elevándose contra él fuertes rumores y voces que gritan: *¡Fuera, fuera!* Descuidadamente vestido, y cubierta la cabeza con una gorra, que deja sobre la tribuna, Marat contempla á todo su auditorio con una sonrisa convulsiva y desdeñosa, y comienza en estos términos: «Tengo muchos enemigos personales en esta Asamblea...—¡Todos, todos!, gritan los más de los diputados.—Tengo en esta Asamblea, continúa Marat con el mismo aplomo, un gran número de ene-

migos personales, á quienes recuerdo el pudor, pidiéndoles que se abstengan de furibundos clamores contra un hombre que ha servido á la libertad y á ellos mismos más de lo que piensan.»

«Se habla de triunvirato y de dictadura atribuyéndose el proyecto á la diputación de París. Pues bien: yo debo á la justicia declarar que mis colegas, y particularmente Robespierre y Dantón, se han opuesto siempre, y que en todas ocasiones tuve que combatirlos sobre este punto. Yo soy el primero y el único en Francia, entre todos los escritores políticos, que haya pensado en esta medida, como único medio de aniquilar á los traidores y conspiradores. A mí sólo es á quien se debe castigar; pero antes de hacerlo, es preciso oírme.»

Al llegar aquí se oyen algunos aplausos, aunque muy pocos, y Marat continúa de esta manera: «En medio de las eternas maquinaciones de un rey pérfido, de una corte abominable, y de falsos patriotas, que en ambas Asambleas vendían la libertad pública, ¿me censuráis por haber imaginado el único medio de salvación, y atraído la venganza sobre cabezas criminales? No, porque el pueblo os desaprobaba. Ha comprendido que sólo le quedaba este medio, y haciéndose él mismo dictador, se ha librado de los traidores.»

«Me estremezco más que ningún otro al pensar en esos movimientos terribles; y para que no fuesen eternamente inútiles, hubiera deseado que fuesen dirigidos por mano justiciera y enérgica. Si cuando la toma de la Bastilla se hubiese comprendido la necesidad de adoptar esta medida, habrían caído á mi voz quinientas cabezas infames, y la paz hubiera quedado asegurada desde aquella época; mas por no haber desplegado esa energía tan sabia como necesaria, fueron asesinado cien mil patriotas, ¡y á otros tantos les amenaza la muerte! Por lo demás, la prueba de que yo no quería hacer de esa especie de dictador, de tribuno, de triunviro (el nombre importa poco), un tirano tal como podría imaginarlo la necesidad, sino una víctima fiel á la patria, cuya suerte no pudiera envidiar ningún ambicioso, está en el hecho mismo de haber deseado yo al mismo tiempo que su autoridad durase pocos días, que se limitara á la potestad de condenar á los traidores, y hasta que se le atase durante ese tiempo una bala al pie para que estuviera siempre bajo la mano del pueblo. Mis ideas, por repugnantes que os parezcan, no tendían más que á la felicidad pública; y si no estabais á suficiente altura para comprenderme, ¡tanto peor para vosotros!»

El profundo silencio que había reinado hasta aquel instante es interrumpido por algunas carcajadas, que no desconciertan al orador que, mucho más espantoso que ridículo, continúa así: «Tal era mi opinión, escrita, firmada y públicamente sostenida. Si era falsa, debían combatirla, ilustrarme, y no denunciarme al despotismo.»

«¡Me han acusado de ambicioso!, pero... vedme y juzgadme. Si hubiese querido poner precio á mi silencio, estaría repleto de oro, y ya sabéis que soy pobre. Perseguido sin cesar, he vagado de uno en otro subterráneo, y predicado la verdad con el cuello debajo de la cuchilla!»

«En cuanto á vosotros, abrid bien los ojos; lejos de perder vuestro tiempo en discusiones escandalosas, perfeccionad la declaración de los derechos; estableced la Constitución, y fijad las bases del gobierno justo y